

UN MINISTERIO MUY RECOMENDABLE (Parte 2) 2 Corintios 6: 3-10

¿Qué es un ministro?

- I. Un ministro del evangelio debe ser un hombre de gran sentido común.
- II. Debe tener una mente bien cultivada y una profunda experiencia.
- III. Uno que recibe su instrucción directamente de Dios, y que estudia detenidamente al hombre.
- IV. Un hombre que ora mucho, lee mucho y estudia mucho.
- V. Un hombre que cree que Dios le dio su trabajo, y lo hace como si Dios estuviera vigilándolo, y da toda la gloria a Dios.
- VI. Un hombre que permanece bajo la inspiración del Todopoderoso y ha atesorado la Palabra Divina en su corazón para no pecar contra él.

Hemos estado viendo algunas características que debe de tener el ministro llamado por Dios a quien se le ha confiado la predicación y enseñanza de la Palabra (*Gál. 2:7 / 1Ti. 1:11-12; 6:20*). Todo su andar, es decir, toda su vida y su ministerio, debe estar sujeto a la enseñanza Bíblica y debe de reflejarlo dentro y fuera de la iglesia siendo ejemplo para todos (*1Ti. 4:12 / Tit. 2:7*). Sus principales ocupaciones son el estudio, la enseñanza y la predicación de la Palabra, juntamente con la oración (*Hch. 6:4*). Tiene total y absoluta autoridad para enseñar, exhortar y reprender, sin que se le confronte o se le ignore o se le tome a la ligera, pero exclusivamente en los aspectos que marca la Biblia (*Tit. 2:15 / 1Ti. 1:13 / 5:7 / 2Ti. 2:14*). Los requisitos de parte de Dios para el ministro están claramente establecidos en Su Palabra y básicamente tiene que ver con su calidad moral y ética, su fidelidad administrativa y su preparación Bíblica (*1Ti. 3:1-7 / Tit. 1:7-13*).

Por su parte, el rebaño que pastorea el ministro de Dios debe ser un rebaño que actúa obedientemente a la enseñanza, exhortación y repreensión de su pastor sujetándose a su autoridad Bíblica y orando por ellos en todo tiempo (*Heb. 13:7,17,18*). Aquí es donde creo yo que muchas veces surge el conflicto entre el pastor y el rebaño. Como vimos en las estadísticas pasadas, la mayor parte del problema de los pastores tiene que ver con la gente. 40% de ellos dicen tener conflictos con miembros de la iglesia que pastorean por lo menos una vez al mes. Dicen también que la razón principal por la que quieren dejar el ministerio es porque los

miembros de la iglesia no están dispuestos a caminar en la misma dirección y no comparten los objetivos del pastor. Esto genera gran frustración y desánimo en el ministro y si a eso le sumamos que el pastor tiene que estar disponible las 24 horas del día los 365 días del año sin ninguna excusa para las ovejas, pero las ovejas sí tienen el derecho de tener excusa y no estar cuando el pastor las llama, la frustración y el desánimo aumentan.

Sin embargo, un buen pastor debe saber que esto pasa en las congregaciones y debe estar dispuesto a afrontarlo, debe saber con quién cuenta para el desarrollo de la obra y enfocarse en ellos al tiempo que motiva a los demás. Un buen pastor no debe de desanimarse, porque el llamado más hermoso del mundo se lo ha hecho el Señor directamente y eso es suficiente razón para disfrutarlo, y además porque, a pesar de todo esto, son más las cosas buenas y hermosas que las malas y dolorosas; son más las satisfacciones que las frustraciones. Pero Pablo es muy claro al describir lo que un ministro puede esperar al aceptar el llamado.

“No damos a nadie ninguna ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea vituperado” (v.3).

La palabra tropiezo aquí tiene el sentido de “*ocasión de pecado*”. El ministro de Cristo cuida mucho de no manchar el ministerio con su conducta; manchando al ministerio se mancha automáticamente el Nombre de Cristo. Si su vida no refleja a Cristo su posible influencia será neutralizada o nulificada. Infortunadamente, mucha gente ve en el mal testimonio de algunos ministros de la Palabra la excusa perfecta para no dar oído al mensaje del Evangelio. La palabra *tropiezo* que se usa aquí también se puede traducir como *ofensa*. Cuando la conducta, o la actitud indigna de un ministro ofende a la gente su ministerio pierde toda efectividad. Aunque muchas veces será criticado, humillado y rechazado, el buen ministro de Dios no da pie a que se ofenda el ministerio.

Como podemos ver en este versículo, el cuidado del testimonio del ministro del Evangelio está más enfocado en el ministerio que en su propia persona. Pablo dice que se cuida el testimonio, es decir, la conducta y la actitud del ministro para que el ministerio no sea criticado, censurado, desacreditado u ofendido. Como dice el refrán: “*lo que haces habla tan fuerte que no puedo oír lo que dices*”. La palabra *vituperar* también se puede traducir como *culpar*. Es decir, por la mala conducta de un ministro

se le puede echar la culpa al ministerio. En otras palabras, por uno la llevan todos pagando “justos por pecadores”.

“antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias; en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos; en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero, en palabra de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia a diestra y a siniestra” (vv.4-7).

Lejos de ser piedra de tropiezo para el pueblo de Dios, Pablo dice que se recomienda como ministro. La palabra *recomendar* tiene el sentido de *aprobar* o de *mostrarse* (2Co. 7:11), o de *compararse* (2Co. 10:12). Su recomendación la presenta con hechos y no solamente con palabras. Un buen ministro del Señor se mantiene y se muestra firme en su fidelidad, aprobado delante de Dios y de los hombres, aún en medio de las pruebas más grandes cuando mayor aflicción o dolor existe; cuando se pasa por las más grandes presiones, dificultades o peligros, cuando se sufren humillaciones y maltratos, cuando se vive en medio de las limitaciones o aún de la escases. Esto mismo es lo que siempre caracterizó la vida y ministerio de nuestro Señor Jesucristo a quien el ministro del Evangelio quiere imitar y reflejar. El Espíritu Santo es quien le da fuerza y dirección para salir adelante en las pruebas y le da la sabiduría y el conocimiento para desarrollar convenientemente el ministerio. El poder de Dios que actúa en el ministro es el poder del Evangelio que predica y enseña (Ro. 1:16). Sus armas son armas de justicia en sus manos; seguramente se refiere a, en una mano, el escudo de la fe (Ef. 6:16), y en la otra, la Espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios (Ef. 6:17).

El ministro de Dios no entra en debates ni pelea con argumentos, no trata de imponer sus ideas, ni trata de ganar debates; el ministro de Dios responde siempre con la Palabra de Dios contra la cual no hay argumento porque es Dios mismo hablando. Lo que Dios dice en Su Palabra simplemente se respeta y se hace.

Dice Pablo que el ministerio implica mucho trabajo, muchos desvelos y muchos ayunos. Ayunos no se refiere tanto a los ejercicios devocionales sino al no comer, sea por escases y/o por falta de tiempo. Implica pasar muchas veces por tiempos de angustia y otras veces por tiempos de necesidades (materiales y emocionales). Sin embargo, en todo momento debe mantener su integridad, su conocimiento Bíblico, su paciencia para soportar el sufrimiento y las presiones del ministerio sin intentar vengarse o

desquitarse, mostrando siempre una actitud de amor, bondadosa y de simpatía con los demás. Por cierto, longanimidad es la capacidad para aguantar las ofensas sin responder con la misma actitud.

“por honra y por deshonra, por mala fama y por buena fama; como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, mas he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo” (vv.8-10).

En el ministerio se recibe la deshonra de los que se oponen. En el ejemplo de Pablo, él recibió muy a menudo calumnias e insultos que le causaron una mala fama en muchas partes a donde iba. Sin embargo, él sabía bien quién era delante de Dios y de los hombres y, lo más importante, Dios sabía perfectamente quién era Pablo. Por eso Pablo nunca se dejó vencer por los comentarios ofensivos y calumniadores en su contra. Pablo y sus compañeros de ministerio eran veraces, es decir, hablaban la verdad, porque el Evangelio es verdad (*Jn. 17:17*), pero sin embargo, eran tenidos por mentirosos y engañadores. Esto muchas veces ocurre cuando la gente no está dispuesta a aprender y se dejan llevar por tradicionalismos, o bien, cuando se predica y se enseña lo que la gente no quiere escuchar. Infortunadamente, para conservar sus trabajos, muchos ministros han caído en este juego y en lugar de pastorear ovejas se convierten en asalariados que son “pastoreados” por las ovejas.

También, como he dicho anteriormente, no podemos negar la existencia de falsos ministros abusadores, estafadores y engañadores, pero eso no es lo que es el ministerio. A pesar de que ellos son así, el ministerio sigue siendo puro y santo y existen muchos más ministros buenos honestos, sinceros y entregados a la obra, que ministros malos, abusadores, engañadores y estafadores.

Cuando Pablo dice “*como desconocidos*” probablemente se refiera a la persona que no tiene ni la capacidad ni las credenciales para ejercer el liderazgo en la iglesia. Algunos no consideraban que Pablo llenara los requisitos para desarrollar el ministerio. Pablo dice que, aunque algunos no lo reconozcan, para otros son bien conocidos, es decir, otros sí reconocen la capacidad y el liderazgo de Pablo como pastor, guía y consejero espiritual. En ellos se enfoca Pablo y con ellos trabaja invirtiendo todo su tiempo y esfuerzo.

También dice que algunos lo ven como “*moribundo*”. Probablemente Pablo no gozaba de muchos atributos físicos, o de una fuerte personalidad. Probablemente era muy delgado y ciertamente tenía problemas con la vista y algunos otros dolores. Tal vez tenía una apariencia como de enfermo y tal vez a esto es a lo que se refiere cuando dice como moribundos. Muchos juzgan a las personas por su apariencia física, y a ellos parece decirles el Apóstol: “*aunque me ven como acabado, estoy más fuerte que nunca*”. También dice que lo han castigado muchos y de muchas formas, tanto “*hermanos*” como no creyentes. Pablo les dice: “*pero no me han tumbado*”. Y aunque ciertamente ocurren muchas cosas en el ministerio que provocan tristeza, el gozo del Señor es lo que mantiene al ministro firme (*Neh. 8:10*).

Finalmente, a pesar de muchas veces tener limitaciones económicas, el ministro del Evangelio siempre busca ayudar al necesitado dando de lo poco que pueda tener. Es decir, sus limitaciones no lo detienen para ayudar a otros hermanos y no hermanos en la fe con necesidades. “*Enriqueciendo a muchos*” se refiere a las bendiciones que estas personas reciben, no solamente en lo material o económico, también en lo anímico y en lo espiritual. El ministerio siempre debe ser una fuente de bendiciones para las personas y jamás debe servirse o aprovecharse de esas personas con necesidades para enriquecerse a sí mismo.

Parece que no tiene nada y sin embargo, lo tiene todo. Tiene a Cristo que es más que suficiente, pero también tiene a su familia, a sus amigos y a sus hermanos en la fe que también ven por él. Qué mayor riqueza que esta; riqueza invaluable, permanente. Un dicho dice que “*las mejores cosas en la vida son gratis*” y esta es la idea que expresa Pablo al decir que las mejores cosas no tiene precio. Pablo deja marcado bien claro la forma en que muchos ven el ministerio desde afuera y la forma en que él lo ve y lo vive desde adentro.

Conclusión.

Resulta bien diferente la forma en que las personas pueden ver el Ministerio Pastoral y la forma en que es visto según la Palabra de Dios. El ministro del Evangelio debe ser evaluado en estos aspectos que marca la Biblia y no en cuestiones de gustos personales.

El ministro quiere cumplir el llamado que Dios le ha hecho y dedica su vida entera a ello. La iglesia tiene que cumplir con su rol de oveja que

es pastoreada, es decir, alimentada, guiada y protegida por su pastor. La oveja debe cumplir con su rol de ser obediente a la voz de su pastor y el pastor debe fundamentar su ministerio en lo que marca la Santa Palabra de Dios. El ministro debe reflejar el carácter de Cristo y debe ser ejemplo en todo. Cuando el ministro deja de ser ejemplo para la congregación no debe seguir pastoreando nunca más. Debe cuidar mucho su testimonio para no ser piedra de tropiezo para nadie, para que el ministerio no sea nunca ofendido, para que el Nombre de Cristo no sea nunca manchado.

Los ministros deben tener la seguridad de poder afirmar como Pablo: *“nos recomendamos en todo”*, de lo contrario, no puede pararse en un púlpito ni puede pretender dirigir una congregación. Debe estar dispuesto a sufrir el insulto y el rechazo de creyentes y no creyentes. Debe saber que puede ser traicionado y abandonado, que puede ser calumniado, humillado y castigado. Debe saber que puede ser duramente criticado y que puede enfrentar fuerte oposición. Y sin embargo, debe estar con la misma firmeza y buena actitud como si siempre las cosas estuvieran al 100%. Su actitud debe ser siempre de paciencia, tolerancia y cariño.

Debe prepararse siempre en el conocimiento Bíblico y debe predicar la Palabra sin miedo, sin suavizarla para caer bien. Debe tener bien claras las palabras del Apóstol Pablo como si fueran suyas: *“Queda claro que no es mi intención ganarme el favor de la gente, sino el de Dios. Si mi objetivo fuera agradar a la gente, no sería un siervo de Cristo”* (Gál. 1:10 –NTV). Debe defender el ministerio aún más que a su propia persona y responder siempre conforme lo que enseña la Palabra de Dios y no con sus propios argumentos. Sus armas son la Palabra de Dios en una mano y en la otra el escudo de la fe.

El ministro debe trabajar siempre buscando el bienestar de las ovejas que le ha confiado el Señor. Debe defenderlas con su vida de los lobos rapaces que quieren devorarlas. Debe tener paciencia para soportar las presiones del ministerio, para responder con amor a las ofensas, y debe estarse preparando siempre en el conocimiento Bíblico. Debe estar dispuesto a defender la sana doctrina y predicar solamente la verdad aunque lo despidan de la iglesia por hacerlo y aunque lo tengan por mentiroso y estafador. Debe levantarse de las caídas más fortalecido que antes. Debe tener bien claro su llamado aunque otros no se lo reconozcan y debe ser ejemplo al dar sin poner sus propias limitaciones como excusa.



Quien hace esto es un verdadero ministro de Dios y la iglesia puede sentirse confiada y segura de ser guiada por un ministro así. Su respuesta será la de dejarse pastorear con alegría y sujetarse a la dirección de su pastor con certeza. Estoy seguro, y doy gracias a Dios, porque estos dos elementos se dan en la Iglesia Evangélica Bautista Sublime Gracia que este mes cumple su primer medio año de ministerio. Amén... Vamos a orar...